

LENGUAJE: COMUNICACIÓN Y SIGNIFICACIÓN

Buena parte del desarrollo alcanzado por la lingüística en el análisis del lenguaje se ha producido a partir de una posición ideológica que lo ve como un sistema cualquiera de comunicación, un sistema más entre los varios que se utilizan para codificar-transmitir y recibir-descodificar mensajes.

A un sistema cualquiera de comunicación, aún al sistema óptimo de comunicación, sólo puede exigírsele que sirva eficientemente las funciones mencionadas de codificación y descodificación de los mensajes que el sistema vehiculiza en la comunicación.

Es obvio que el lenguaje humano tiene, entre otras funciones, la de ser instrumento de la comunicación entre los seres humanos. Pero debería ser igualmente obvio que el lenguaje humano, a diferencia de cualquiera otro sistema de comunicación, no es de manera simple, un sistema al servicio de la codificación y descodificación de mensajes, que el lenguaje humano es el órgano de que el hombre se sirve en el proceso de transformación de la realidad objetiva, natural y social en sentido que circula como significado en la totalidad de los procesos de interacción humana. Que él es algo más que un intercambio simple de contenidos, que él es el proceso que promueve a la existencia las formas de interacción que pueden considerarse específicamente humanas.

El problema con las orientaciones lingüísticas que identifican al lenguaje verbal humano con un sistema cualquiera de comunicación, es pues, que dejan por fuera lo que es realmente específico del objeto; y, solamente si nos plantea-

mos el análisis del lenguaje como el de un sistema que es diferente a cualquier otro sistema de comunicación, nos vemos en la necesidad de encauzar su análisis desde el punto de vista de su función esencial: la de servir como instrumento en la producción de los significados, instrumento de la función significante en el proceso de semantización de la totalidad de la experiencia humana.

Los problemas que nos planteamos en el trabajo científico están ligados de manera íntima a las concepciones que fundamentan nuestra posición ante las cosas. La que aquí se plantea como función esencial del lenguaje, la función significante, la que en un proceso unitario produce signos (significantes y significados), no es posible pensarla si nos atenemos a la noción ideológica que lo identifica con un sistema cualquiera de comunicación. Aún al interior de orientaciones lingüísticas actuales, las que podrían llamarse "teorías del lenguaje como comunicación", éste sigue siendo analizado como un sistema que sirve esencialmente a la codificación-transmisión y a la recepción-descodificación de contenidos (referenciales, lógicos, socio-culturales, pragmáticos): aunque se agregue que tal proceso se cumple siempre como realización de un propósito social definido.

Ahora bien, ¿qué implica abordar el análisis del lenguaje desde la posición que lo ve como "un sistema cualquiera de comunicación?"

Primero, que los significados y los significantes, los contenidos por codificar y los elementos que los codifican pertenecen a dos conjuntos de entidades que tienen origen distinto y existencia independiente: dos conjuntos de los cuales uno es necesariamente anterior al otro.

Segundo, que la significación es, de manera simple, un proceso que asocia de algún modo (convencional en su origen y asociativo en el aprendizaje del lenguaje por parte de los usuarios) esos significados por codificar y esos significantes que los codifican; y

Tercero, que la comunicación es el proceso mecánico de transmisión de contenidos de un cerebro a otro y que cumple, también mecánicamente, como codificación-transmisión y recepción-descodificación de mensajes.

Desde esta perspectiva, el significado se relaciona con una realidad externa accesible a la "razón humana" y no con el sentido que resulta del conjunto de prácticas humanas de interpretación mediante la utilización del lenguaje.

Dadas estas condiciones, se hace necesario pensar si se justifica reducir el análisis del lenguaje al nivel del análisis de un sistema cualquiera de comunicación. Parece que ello implicaría renunciar a entender realmente la naturaleza

íntima del lenguaje; renunciar a la posibilidad de pensar el proceso de la significación como proceso de constitución de lo humano; a la posibilidad de llegar a saber algo significativo sobre la significación; y, por último, apegarse a esta manera de ver el lenguaje implicaría la imposibilidad de llegar a superar una visión de lo semántico como "banco de significados hechos", o como "producto del proceso sintáctico", o como "conjunto de actos que se cumplen como realización de un propósito"; Schaff (1974: 324), refiriéndose a la relación entre significados y significantes dice:

Si se analiza esta relación como la que hay entre la realidad y el lenguaje en sí mismo,¹ aunque se admita el carácter social y las bases históricas del lenguaje, tenemos que concluir que no hay relación entre el signo fónico y la naturaleza de la cosa significada, a la que dicho signo fónico se refiere.

En defensa de que la función esencial del lenguaje es la de la comunicación, Searle (1974, 16), escribió que: "La función del lenguaje es la comunicación, en un sentido idéntico al de la función del corazón es bombear la sangre. En ambos casos es posible analizar la estructura independiente de la función; pero es perverso y sin sentido hacerlo ya que estructura y función interactúan de manera tan obvia".

Es claro que toda comparación busca orientar la comprensión de algún objeto por relación con el conocimiento que tenemos de otros; pero, ninguna comparación debe asumirse como explicación del objeto. Aunque la comparación que hace Searle ilustra uno de los sentidos de la relación entre estructura y función, tenemos la obligación de ver qué otros aspectos de esa relación quedan oscurecidos por la metáfora.

En realidad, la comparación que establece Searle no es equivocada; es incompleta. Cuando Searle aduce que de la misma manera que la función del corazón es bombear la sangre, la del lenguaje es la de la comunicación, está operando desde la posición ideológica que el lenguaje verbal humano es, de manera simple, un sistema de comunicación como cualquiera, otro; que de él tan sólo esperamos que sirva de instrumento de codificación-transmisión y recepción-descodificación de contenidos.

A un sistema de comunicación cualquiera, ya lo dijimos, basta con exigirle que sirva de manera efectiva a los procesos de codificación-transmisión; ninguna otra consideración es necesaria para analizarlo como tal.

En el caso del lenguaje humano, además de demandar de él que sirva de instrumento efectivo de la comunicación, le exigimos que sirva, y lo utilizamos como instrumento de producción de los significados en la función signifi-

cante que sirva de instrumento efectivo en el proceso de transformación de la realidad objetiva, natural y social en significado que circula como sentido de la realidad en las interacciones humanas: pragmáticas, conceptuales, socio-culturales y estéticas.

Estamos de acuerdo con quienes plantean (y no podía ser de otra manera) que "el lenguaje humano desarrolló la estructura que desarrolló en razón de las demandas que sobre él hacen sus usuarios" (Halliday: 197), pero es necesario ver esas funciones más allá de la de servir a la comunicación como proceso de codificación y transmisión de contenidos. Una cosa son la estructura, funcionamiento y función de un sistema, así se trate del más efectivo, destinado a la codificación y transmisión de contenidos, y otra bien distinta, los de un sistema que además de esto, debe servir a la función de "producción del sentido". Es en esa dirección en la que la comparación de Searle entre la función del corazón y la función del lenguaje es incompleta. El lenguaje humano, a diferencia del corazón, para cumplir de manera efectiva su función en la comunicación (quizá sea mejor decir, en los procesos de interacción humana) ha debido orientar su desarrollo al servicio de una segunda función: la de producción de los contenidos que él mismo vehiculiza en la interacción. El corazón, para cumplir su función de bombear la sangre, no ha tenido que desarrollar una segunda función que luego se sitúa como fundamento de la primera.

El desarrollo del lenguaje como instrumento al servicio de la interacción humana en la significación (no sólo pragmática, sino conceptual, sociocultural y estética) conduce, entonces, a un estadio en el que el despliegue verbal en la interacción, puede casi que ser pensado como manifestación de la función signifi- cante, vista como proceso de transformación de la realidad objetiva natural y social en sentido que circula como significado en tales interacciones.

El desarrollo del lenguaje como instrumento de la significación tiene que ser pensado como un proceso unitario, en el que no se dan unos significados que existen con anterioridad e independientemente de unos significantes que los codifican y transportan; no se da un sistema de significantes cuya única función es la de codificar y transmitir unos significados pre-existentes.

El proceso de transformación de la realidad en sentido no puede ser pensado como la unión (por asociación, por convención, etc.) del sentido que la realidad adquiere para los hablantes en alguna otra instancia independiente del lenguaje, y un signifi- cante elegido entre los que conforman el sistema; es necesario pensar esta operación humana como un proceso mediado por el lenguaje. "El signo lingüístico no es simplemente un elemento que interviene en

el proceso de la comunicación sino una entidad que forma parte de la significación" (Schaff, 1974).

Lo que esta exposición quiere destacar es que, de manera contraria a lo que se plantea en trabajos recientes de la lingüística, el lenguaje no es, así simplemente, un instrumento al servicio de la comunicación mirada como proceso simple de codificación y transmisión de contenidos; que la función que el lenguaje llena como sistema de producción de la significación es un requisito de las otras funciones que el lenguaje llena en la vida del hombre y en el proceso de constitución de los humano.

Podría pensarse que la obsesión de ver el lenguaje solamente desde el punto de vista de que es un sistema de signos que sirve a las funciones de codificación y transmisión de contenidos, ha impedido a la lingüística, entre otras cosas.

1. Encarar el análisis del significado, no exclusivamente como el de un valor que se determine internamente en el sistema por oposición y contraste, sino como producto de las prácticas humanas mediadas por el lenguaje.
2. Ver que si las estructuras lingüísticas son, por una parte, manifestación del lenguaje en su función de instrumento de la interacción humana (no sólo pragmática); por el otro, y de manera esencial para el cumplimiento de la interacción, son manifestación del lenguaje en su función de significación. El análisis del discurso es el análisis de los procesos que concilian estas dos funciones en el empleo real de la lengua.
3. Plantear de manera científica el análisis del papel que el lenguaje juega en el proceso de constitución de lo humano; su papel en el proceso de la cognición humana de la realidad, su función en el proceso de la constitución de la conciencia individual-social.

En relación con este último, me permito citar el siguiente pasaje tomado de R. Coward John Ellis, 1979:

Entonces las comunicación implica no simplemente la transferencia de información a alguien más, sino la constitución del sujeto hablante en relación con el otro, y la manera como ese otro es internalizado en la formación del individuo. Esta área de la constitución del sujeto en el habla, es el terreno del psicoanálisis, cuya materia prima es el lenguaje y cuyo objeto de estudio es el sujeto en tanto que habla.

NOTA

* Revista Lenguaje N°16, junio de 1987.

1. Es decir, como un sistema cualquiera de comunicación.

BIBLIOGRAFÍA

- SCHAFF, ADAM, (1974). *Introducción a la Semántica*. Fondo de Cultura Económica, México
- SEARLE, JOHN, *Chomsky's Revolution in Linguistics*. En G. Harman (Ed.).
- ON NOAM CHOMSKY, (1974). *Critical Essays*, Garden City, N. Y. Andros Books.
- HALLIDAY, M. A. K. *Language as Social Semiotic*, Edward Arnold (Publishers), London.
- Coward, Rosalind and John Ellis, (1977). *Language and Materialism*, Routledge and Kegan Paul, London.